

PERU PROMESA: DISCURSO DE PRESENTACION

César Pacheco Vélez

RESUMEN

A continuación presentamos el último discurso público que diera en vida el Dr. César Pacheco Vélez (1929-1989) con ocasión de la presentación del libro Perú Promesa. El Comité de Redacción de la Revista Apuntes quiere rendir así un postumo homenaje al insigne historiador y amigo. (Nota del Editor).

ABSTRACT

The following is the last public speech given by Dr. César Pacheco Vélez (1929-1989) on the occasion of the presentation of the book "Perú Promesa". The Editorial Board of Apuntes wants thus to give a posthumous homage to that outstanding historian and friend.

En 1797, pronto se cumplirán dos siglos, un joven criollo oriundo del extremo austral del Virreinato del Perú, se embarcaba en el Callao rumbo a Cádiz para de allí pasar clandestinamente a Londres. Viajaba bajo un nombre —Bernardo Riquelme— que velaba su completa identidad, porque era Bernardo O'Higgins Riquelme, hijo del Virrey de Lima, futuro procer de la Independencia de Hispanoamérica, que luego viviría en nuestra patria un largo ostracismo, hasta su muerte, rodeado de la gratitud y el afecto de todos los peruanos. Pues bien, Bernardo O'Higgins llevaba en su escueto equipaje un secreto tesoro: dos colecciones completas de unos breves libros que formaban, cada una de ellas, doce tomitos. Eran las colecciones del primer *Mercurio Peruano*, cuyos mapas, estadísticas, ensayos y proyectos resumían la visión que del Perú de entonces tenían los sabios criollos ilustrados de la Sociedad de Amantes del País. En Londres, ese misino año 1797, una de esas dos colecciones fue a dar a manos de otro criollo, esta vez arequipeño, de Pampacoica, que vivía en la capital de Gran Bretaña los últimos días de un largo y definitivo

exilio de treinta años porque al siguiente de 1798 moriría antes de cumplir los cincuenta. Pero Juan Pablo Viscardo y Zea, que así se llamaba en rigor nuestro procer, tuvo tiempo de leer ávidamente esos libritos, de poner al día el conocimiento de su patria que le llegaba a Europa con demora y por vías y canales inciertos y de escribir su ensayo más extenso y ambicioso: *La Paz y la dicha del siglo futuro*. Su mensaje, tal vez ingenuo, era muy sincero y conmovedor: el mundo se liberaría en el futuro del flagelo de las guerras si —flamante lector de Adán Smith— se abrieran al comercio universal las fronteras de todas las naciones y, por cierto, acabara para siempre el monopolio que encerraba en sí mismas y con un rígido cordón umbilical a la metrópoli el conjunto de patrias y regiones que él denominaba la América española. Ese ensayo de Viscardo ha quedado inédito por dos siglos: hace pocos años se descubrió el manuscrito en la Sociedad Histórica de Nueva York y se ha hecho una primera difusión en la lengua que el autor usó para redactarlo: un francés insuficiente como era el de nuestro compatriota. Ahora, hecha la traducción a la len-

gua española en que fue pensado, aparecerá pronto en una edición de la *Obra Completa* de Viscardo formando parte de la *Biblioteca Clásicos del Perú* en una tarea en la que he tenido la invalorable ayuda de Percy Cayo Córdova.

Unos años más tarde de que todo aquello sucediera, llegó a Lima el sabio alemán don Alejandro de Humboldt. Venía de Guayaquil, la sierra de Piura, Trujillo y el norte peruano, en cuyo litoral descubrió la corriente submarina que ha perpetuado su nombre en el Perú. A Humboldt Lima no le gustó: no encontró ya el lujo y la magnificencia de que gozaba su fama universal y comprobó que Buenos Aires, Santiago de Chile y Arequipa crecían a expensas de su manifiesta decadencia. Eran los últimos meses del año 1802 cuando Napoleón Bonaparte triunfaba en sus campañas de Italia y Egipto. A la gente de Lima le gustaba excesivamente el juego de naipes. "Un egoísmo frío gobierna a todos y lo que no sufre uno mismo no da cuidado del otro", le decía literalmente en una carta a su amigo Ignacio Checa, gobernador de Jaén. Sin embargo, Lima pudo redimirse ante sus ojos cuando acudió a la tertulia de Hipólito Unanue en la calle del Lechugal. Unanue era un humanista auténtico, padre de la medicina peruana que ha tenido luego tantas eminencias y varias escuelas de justificado prestigio internacional. Allí recibió Humboldt otras dos colecciones de los libritos que entre 1791 y 1795 habían editado los Amantes del País, y se los llevó a Alemania: una de esas colecciones fue a la Biblioteca Imperial de Berlín; la otra a manos de Goethe, cumbre de Europa en el tránsito de dos siglos, y provocó su sincera admiración por el nivel de ciencia y de conciencia histórica a que habían llegado los sabios criollos del Perú. Se explica así que dos literatos del círculo de Goethe, Schmidt como traductor y Bertuch como editor, publicaran en Weimar, en 1808, y en dos tomos, una traducción antológica de la célebre revista limeña con el título de *Perú, según su estado actual expuesto en el Mercurio Peruano*, que dio a conocer en Europa la realidad de nuestra patria. En rigor, los criollos ilustrados peruanos tuvieron por ontnnroc Hnc rnrnvrptos distintos: el de

Unanue y sus compañeros era el ideal de un serio programa pacífico y espontáneo de autonomías que hubiera mantenido la unidad del imperio en una suerte de *commonwealth* hispánica; y el proyecto de Viscardo de una inmediata separación de España con la inevitable ayuda inglesa y de una guerra muy larga que extenuó al Perú.

Este excesivo exordio de profesor de historia, que es, no lo teman ustedes, la casi totalidad de mi discurso, parecería carecer de sentido. Pero en la crisis profunda de la Independencia, después del fracaso de la gran rebelión indígena y mestiza de Túpac Amaru, los criollos construyen su proyecto sobre la base de un reconocimiento profundo de la realidad. Eso es el *Mercurio Peruano*: allí está por ejemplo, entre las primeras estadísticas de nuestra producción minera y de nuestro comercio, el mapa de las 8 intendencias de 1785, elaborado por Andrés Baleato, el cartógrafo del Virrey Gil de Taboada y Lemos. Me pregunto si los planificadores y legisladores de hogaño, se habrán detenido a estudiar seriamente ese mapa al momento de decidir sobre asunto de tan enorme trascendencia como es el de la regionalización del país.

Mutatis mutandis, y salvadas todas las enormes distancias y diferencias, la Universidad del Pacífico ha pretendido algo semejante al publicar el libro cuya aparición nos convoca esta noche. *Revista* significa nueva visión, revisión. Eso intenta *Perú Promesa*: una nueva visión, una revisión de toda la realidad del Perú, desde la dura, dramática coyuntura que hoy nos aflige, hasta sus orígenes, porque desde el viejo Tucídides hasta hoy la historia es siempre historia contemporánea. Hay en sus páginas varios proyectos distintos y hasta contrapuestos, pero a pesar de ello un secreto consenso que ojalá el destino permita que pueda explicitarse. A los peruanos, tantas veces proclives a las máscaras y reacios a admitir la realidad que el espejo refleja, este libro puede servirles de acicate y estímulo; y más allá de nuestras fronteras, puede ser el testimonio de nuestro propio reconocimiento de esa realidad unido a la convicción de nuestra voluntad de ser, de nuestra viabilidad como nación.

Sólo me queda expresar algunos agradecimientos. Bien comprenden ustedes que no ha sido fácil reunir en tan corto plazo y convertir en un libro los textos de 70 intelectuales ilustres y solventes, y los testimonios de algunos de nuestros más reputados artistas de la fotografía. No quisiera ingresar al terreno de las enumeraciones, siempre minado por el riesgo de las omisiones involuntarias pero imperdonables. Sin embargo, algunas menciones me resultan inexcusables. Me alegra que la vieja idea de Fórum haya podido plasmarse. Me alegra muchísimo que hayan sido los Bancos Regionales de Piura y Arequipa los auspiciadores de la edición. En Piura viví cinco años en las tareas iniciales de la Universidad Privada y construí con sus gentes vínculos perdurables de simpatía, de amistad y de admiración muy sincera. De Arequipa son parte de mis ancestros paternos aunque por la vía de Tarma, y arequipeños son algunos de los peruanos que más admiro: mi maestro inolvidable Víctor Andrés Belaúnde, a cuyo lado tuve el privilegio de trabajar por veinte años y don José Luis Bustamante y Rivero: en los días de su destierro, por los años de 1951 a 1953, lo acompañé en Madrid, en Sevilla, en Cádiz, aplaudiendo sus conferencias, corrigiendo las pruebas de los libros y folletos que, muy simbólicamente, lo ayudaron a solventar esos días de austeridad ejemplar. Agradezco de veras a la Universidad, a su rector y a su Consejo Ejecutivo, el honroso encargo que me hicieron de coordinar un proyecto tan grato y significativo; la ayuda afectuosa y el estímulo que recibí en todas las instancias de esta Casa: desde los profesores que al primer pedido acogieron el proyecto y aceptaron coordinar algunos capítulos, como Carlos Amat, Jürgen Schuldt y José Javier Pérez Rodríguez, hasta las secretarías y el mensajero Fernando Gutiérrez, que hicieron llegar a los colaboradores nuestros reiterados requerimientos; desde el Director General de Adminis-

tración, Eduardo Mindreau, y la Tesorera, Elisa Suárez, hasta los artistas gráficos que se sometieron a un original concurso para seleccionar las piezas escogidas; al diario *El Comercio* que nos abrió con toda generosidad las puertas de su valioso archivo fotográfico; a los coordinadores de capítulos que no pertenecen a nuestro claustro como Alberto Bustamante Belaúnde, Mario Castro Arenas, Manuel Vegas Vélez y Luis Enrique Tord y el propio Presidente, Arq. Fernando Belaúnde Terry, que coordinó con entusiasmo el capítulo de la Amazonia; a los jefes de los equipos redactores de Piura, Rafael Vega García, y de Arequipa, Eusebio Quiroz Paz-Soldán; a los 70 colaboradores y a los seis ilustres peruanos que firman el capítulo final y que esta noche están representados por uno de los más auténticos *Amautas* del Perú: Aurelio Miró Quesada Sosa; a los asesores literarios, Luis Jaime Cisneros y José María de Romafila; al equipo entusiasta y eficaz de Fórum; a todos, en fin, quiero agradecerles y hacer una mención penúltima y especialísima a quienes más de cerca y muy afectuosamente me ayudaron: Milagros Rubio Bowden como secretaria y Fernando Iwasaki Cauti como jefe de redacción. Y, en fin, no puedo omitir por respeto humano el agradecimiento esencial y definitivo: a la Providencia, que me ha permitido compartir con todos ustedes, queridos amigos, este momento de alegría en que culminan algunos esfuerzos. Este momento de alegría en que toma cuerpo una ilusión, una esperanza, una certidumbre: que el porvenir del Perú no será la *térria incógnita* de que hablaba Francisco García Calderón a comienzos de este siglo, sino esa sociedad más integrada, más justa y solidaria y de una prosperidad mejor compartida, por la que todos estamos dispuestos a luchar no sólo con la retórica de nuestras palabras, sino también y sobre todo con el testimonio de nuestras propias vidas. Muchas gracias.